

"Ojo por ojo, diente por diente"

EL CASTIGO A SADDAM no debería acomodarse a las normas de la ONU o del Tribunal de La Haya, sino al código de Hammurabi

KENNETH W. STEIN - 19/12/2003

Para Saddam Hussein, un hombre que durante un cuarto de siglo creyó que era Luis XIV, gobernó como Stalin y asesinó como Hitler, ha sido un final humillante. La madre de todos los dictadores se ha rendido sin combatir, atrapado como una alimaña en su guarida. No ha muerto como un mártir por su causa, sino como un medroso fugitivo. Aunque conservaba un arma consigo y casi 750.000 dólares en efectivo, en esta ocasión ni la fuerza ni el dinero –la base de su poder– le han salvado. Su tribu, su clan y su familia constituyeron el núcleo de su régimen, pero al final han tenido que ser parientes quienes hayan revelado sus derroteros. Ha podido presenciarse una imagen patética del tirano brutal sometido a la correspondiente revisión sanitaria para examinar sus piojos a cargo de un médico extranjero. Una escena de aplastante ironía.

La detención material de Saddam genera un verdadero calidoscopio de consecuencias, algunas de ellas imprevistas. La más evidente se relaciona con el propio Iraq. La tiranía del miedo en Iraq, tan hondamente cultivada a lo largo de su mandato de un cuarto de siglo, ha dado fin. Sin embargo, los iraquíes tardarán años en confiar en sus gobernantes. Aunque esta detención puede acelerar el avance de Iraq hacia un sistema democrático, no existen garantías de que las tribus, los grupos religiosos, y las distintas identidades étnicas se hallen en disposición de fusionarse –en un proceso electoral– llegado el caso. Guste o se desprece la coalición encabezada por Estados Unidos que reconstruye Iraq, el país posee las mismas posibilidades de recobrase. Porque el grado de éxito o fracaso dependerá de la voluntad, la valentía y la aptitud para el acuerdo por parte de las mencionadas fuerzas. Asimismo, gran parte de la capacidad de Iraq para articular el país dependerá del grado de injerencia de los elementos exteriores a Iraq en un eventual intento de presionar sobre la nueva configuración política del país.

En la hipótesis del juicio a Saddam por asesinato, genocidio y robo, el proceso entrará en los anales de la moderna historia de Iraq. Las montañas de pruebas –documentos, fotografías y distintos testimonios gráficos– mostrarán cómo creó una república del temor y asesinó sin remordimiento alguno a fin de mantenerse en el poder.

El juicio expondrá asimismo el hecho de que durante un cuarto de siglo de gobierno despiadado, dirigentes políticos en París, Bonn, Moscú,

Washington, Riad, El Cairo y las Naciones Unidas fueron solícitos con él porque controlaba el petróleo, tenía dinero y se hallaba próximo geográficamente a los demás regímenes ricos en petróleo como Irán y Arabia Saudí. ¿Qué castigo deberían pagar estos dirigentes y sus sucesores por tolerar la tiranía en nombre de objetivos políticos y comerciales? Se verán los contratos suscritos con este régimen: ya sabemos que diversas empresas en Rusia, Francia, Alemania y China obtuvieron enormes beneficios merced al programa de petróleo por alimentos en los años noventa. De hecho, ya ha dado inicio el debate sobre quién debería juzgarle y sobre si es adecuada la imposición de la pena de muerte. Si bien la primera cuestión merece considerarse, la segunda es disparatada. Miles de años antes de Jesucristo, Mahoma, la Magna Carta, las revoluciones norteamericana y francesa, el monarca Hammurabi dictó un código legal que incluía el precepto del “ojo por ojo y diente por diente”. El castigo de Saddam no debería acomodarse a las normas del Tribunal de La Haya, las Naciones Unidas o la convención de Ginebra. Debería atenerse al código de Hammurabi, ni más ni menos.

El juicio a Saddam podrá verse, con total cobertura informativa, en todo el planeta. Bajo intensa atención pública, los sistemas políticos árabes serán objeto de un análisis aún más pormenorizado que después del 11-S. ¿Se suscitarán intencionadas preguntas relativas a los motivos por los cuales especialmente los dirigentes árabes miraron en otra dirección mientras él maltrataba bárbaramente a su pueblo? Tal vez los ciudadanos árabes de mentalidad reformista aprovecharán la circunstancia para transformar, aunque sea lentamente, sus gobiernos autocráticos desde dentro. ¿Se dirá en el 2015 que la invasión de Kuwait por parte de Saddam Hussein y la imprevista llegada de tropas occidentales a suelo árabe tuvo la no pretendida y fundamental consecuencia final consistente en acelerar la transformación de los sistemas árabes de gobierno?

Por último, la captura de Saddam ofrece a los socios de la coalición agrupados contra él en la guerra reciente un motivo, ojalá una coyuntura, para sentirse satisfechos.

En otras palabras, Francia y Alemania no se han acercado más a Italia, España, Polonia y Gran Bretaña por la captura de Saddam.

Sólo resta representarse esa escena en la que, registrada la captura de Saddam, un juicio desarrollado ante la comunidad internacional (con el cúmulo de las pruebas de su brutalidad) motive que los eternos y ciegos puristas ideológicos tengan a bien preguntarse: ¿dónde estaban las armas de destrucción masiva? Y seguirán sosteniendo que la guerra contra Saddam era injusta.

Despierten. Saddam asesinó a unas quinientas mil personas.

Ojo por ojo, diente por diente. Ni más ni menos.

KENNETH W. STEIN, profesor de Historia de Oriente Medio y de
Ciencia Política de la Universidad de Emory, Atlanta (EE.UU.)
Traducción: José María Puig de la Bellacasa